

ALAMAN ESTADISTA

Rafael AGUAYO SPENCER

TRES VECES MINISTRO de Relaciones Exteriores, secretario de la Junta Superior de Sanidad, director de Industria, diputado y alcalde de la ciudad de México, tuvo Alamán la rara oportunidad —que muy pocas veces tienen en nuestro país los hombres de pensamiento— de llevar a la práctica sus ideas.

Habiendo empezado su carrera desde muy joven y viviendo en medio del torbellino de hechos que en forma casi caótica se suceden durante los primeros cincuenta años de nuestra vida independiente, no es de extrañar que su pensamiento nos aparezca muchas veces ondulante y difícil de captar. Entusiasmos, decepciones y pasiones, son sentimientos fáciles de observar en la obra de Alamán. Y si todo ello es el contenido de la vida de un hombre, en don Lucas adquiere características especiales, por ser hombre de pensamiento que tal vez quiso forjar un México de acuerdo con la idea que él se había forjado de lo que debe ser un Estado. Y cuando la realidad no se ajustaba a lo eidético, se produjeron desgarraduras dolorosísimas en su espíritu.

Fijémonos en cuatro aspectos fundamentales de la labor del estadista: el educativo, su actividad al frente del Ayuntamiento, su obra económica y su actuación en materia de relaciones internacionales.

EDUCACIÓN

Siguiendo una trayectoria milenaria, que los intereses de partido han tratado en vano de calificar de obscurantistas, Alamán, en su labor como estadista, se preocupa intensamente por la educación, tanto popular como superior.

De acuerdo con su formación, era evidente que iba a dar, en sus planes educativos, un papel principal a la formación humanística de todos aquellos que tuvieran vocación para ello; pero, entiéndase bien, formación humanística cultural y no mera fabricación profesional, de la cual se queja a me-

nudo, especialmente cuando observa la tendencia casi irresistible de la juventud a la abogacía.

No es posible que haya libertad sin instrucción, y cuanto más difundida se encuentre ésta, más sólida será aquélla;¹ tampoco puede haber verdadera y real prosperidad si no hay un nivel cultural adecuado.²

De acuerdo con estas ideas, que no variaron a lo largo de su vida, Alamán, desde su participación en las Cortes Españolas, interviene en las discusiones sobre leyes de instrucción pública, propone la fundación de escuelas para la enseñanza de la minería en Zacatecas y Guanajuato, solicita autorización para establecer cátedras de botánica y anatomía en los establecimientos de enseñanza superior, pide —cosa que aún no se logra— que en las universidades americanas se enseñen las lenguas indígenas, y obtiene la creación de la Universidad de Guanajuato, de una escuela de agricultura en Celaya y de otra para el comercio, en México.³

Pero todos estos esfuerzos juveniles habrán de sistematizarse en forma orgánica durante la administración de Bustamante, cuya alma fué don Lucas: “El plan que voy a proponer —dice— se reduce a quitar lo superfluo y establecer lo necesario: a dedicar a cada uno de los establecimientos existentes a un ramo particular de enseñanza y dar una dirección uniforme a ésta. La instrucción, en general, puede dividirse en ciencias eclesiásticas, derecho, política y literatura clásica; ciencias físicas y naturales; ciencias médicas. . .”⁴

Y así, siguiendo este plan, las diversas escuelas existentes fueron dedicadas a tareas especializadas: San Ildefonso enseñaría derecho, política, economía y literatura; el Colegio de San Juan de Letrán estaría consagrado a las ciencias médicas; Minería a las ciencias físico-matemáticas, y el Seminario a las ciencias eclesiásticas.

En otros términos, Alamán trata de especializar la enseñanza, principio hoy universalmente aceptado, pero que entonces estaba muy lejos de seguirse.

Al llegar a este punto, los universitarios no podemos menos que hacer una crítica en la obra educativa de don Lucas, pues no se preocupó de estatuir y delimitar las funciones de la Universidad. Pero, preocupado como estaba por la instrucción superior, no olvidó la enseñanza técnica, y así estable-

ce una escuela de artes y oficios, lejano anticipo del Politécnico, que debería contribuir a formar técnicos para nuestras incipientes industrias.⁵ Más tarde, cuando fué Director General de Industria, insistió de nuevo en la necesidad de crear escuelas de artes y oficios para dar bases técnicas a nuestra artesanía.

Como establecimientos de cultura general, funda, desde su labor en el ministerio de Victoria, el Jardín Botánico, el Archivo General, protege a la Academia de San Carlos, funda el "primer gabinete de lectura", que no es otra cosa que una biblioteca pública, y establece el Museo de Historia Natural y de Antigüedades, y desde 1827 piensa en la necesidad de fundar la escuela de medicina.

El teatro le preocupó también hondamente, y destinó veinte mil pesos para fomentarlo, formó una compañía teatral europea y trató de "plantear un medio para que los autores dramáticos mexicanos hallasen un estímulo, aunque fuese corto, en vez de las dificultades y vejámenes que hoy los desalientan, y proteger así, en lo que del Ayuntamiento dependiera, este ramo tan importante y descuidado de la literatura nacional".⁶

No podía tampoco escapar a su talento la rama periodística, y así, durante la administración de Bustamante, funda un periódico dedicado a asuntos económicos y otro puramente literario.⁷

Como dato curioso, para quienes se empeñan en sostener que Alamán despreciaba a los indígenas, está "la impresión de un catecismo y un devocionario en lenguas mexicanas, para inculcar los principios de la religión en los indígenas de los alrededores".⁸

ALAMÁN EN EL AYUNTAMIENTO

En el año de 1849 grandes personajes, que incluso habían figurado como ministros, se disputaban la dirección del Ayuntamiento de la ciudad de México, que finalmente es ganado por don Lucas Alamán.

El estado económico en que se encontraba la Ciudad no podía ser peor, pues sus existencias reales en caja eran de doscientos cincuenta y dos pesos. Los ingresos totales no llegaban

a trescientos mil pesos, y es evidente que esto no bastaba para atender a las más urgentes necesidades públicas.

Así, pues, lo primero en que pone los ojos don Lucas es la organización racional del sistema tributario, especialmente en lo que toca a la contribución predial. Haciendo a un lado los principios en que trataba de basar su sistema fiscal, que a nuestro juicio no son todos adecuados, es evidente que en esto puso el dedo sobre una llaga que todavía sigue abierta: la estructuración racional de un sistema tributario.

Trata después de reorganizar la policía, organiza la limpia de las atarjeas, presentando un modelo de máquina “conocida con el nombre de rosca de Arquímedes, aplicable a la limpia, por cuyo medio, e introduciendo en la atarjea una de las extremidades. . . , en brevísimo tiempo se verificaría la limpia más completa, depositando desde luego en carros el fango que se fuera extrayendo, para alejarlo inmediatamente de la vista y del olfato de los habitantes”. Algo semejante a lo que hoy se hace, sin los carros, naturalmente.

Anticipándose a las obras urbanas que se hacían por aquel tiempo en Europa, Alamán pretende introducir la tubería subterránea para el agua potable, y, mientras tanto, dispone que los acueductos de arquerías sean forrados en su interior con plomo y cinc.

En el alumbrado público, introduce las lámparas de trementina mientras puede cambiarlas por el alumbrado de gas.

En lo que toca a las cárceles, hace en ellas reparaciones, reorganiza los juzgados, impone el uniforme a los presos “para que no anden en la desnudez”, formula planes de trabajo, en el interior de los establecimientos establece talleres de encuadernación, zapatería, carpintería, hojalatería y sastrería, y ordena que se enseñe a leer a todos los presos.

Mejora los servicios de hospitales y amplía el edificio del de San Lázaro; propaga la vacuna y organiza la Junta Superior de Socorros para prevenir la epidemia de cólera.

Siempre al frente del Ayuntamiento, prosigue la construcción del mercado de San Juan, iniciado por el anterior Cabildo. Es interesante, desde el punto de vista de la historia física de la ciudad de México, detenernos en el proyecto de organización de este mercado de San Juan, que Alamán planeaba para ser el centro del comercio al menudeo.

Para esto proyecta hacer un desembarcadero en la plazuela del Convento de Belén de los Padres, uniendo éste con el mercado por una pequeña vía férrea, de modo que bastaría un sólo caballo para conducir un tren de cuatro o cinco carros.

Para mejorar el sistema de transportes urbanos, propone la apertura de numerosos canales en la ciudad, de tal manera que el transporte se realice por un sistema de tracción de los botes por medio de los caballos. Este ensayo de método de conducción por canales, proporciona, según Alamán, grandes ventajas y economías, “y pronto la ciudad, teniendo limpios y expeditos los canales que tan dignos de atención fueron en tiempo del imperio azteca, poseería medios competentes de limpieza interior, de transporte de artículos de comercio, de previsión para sus mercados, de comodidad y recreación para sus habitantes, siendo además el impulso para que muchos terrenos se poblasen y cultivasen, y para que los habitantes obtuviesen diversos beneficios”.⁹

Finalmente, ya hemos visto cómo mejoró las escuelas existentes y organizó el Archivo Municipal.

Todo esto en los breves cinco meses que duró su gestión al frente del Ayuntamiento.

ACTIVIDADES ECONÓMICAS DE ALAMÁN

Es en este renglón, junto con el de la *Historia*, donde más ataques se han hecho a la obra de Alamán.

Se dice que sus actividades se realizaban con criterio de hombre de negocios, y que escribió su obra histórica impulsado por el dolor de ver destruidas las propiedades. Los capítulos más sombríos de la *Historia* los consagra a relatar pillajes, matanzas y robos.

Pero hay que tomar en cuenta que una de las funciones principales del estadista es resolver las necesidades de los hombres, creando para ello las cosas que satisfagan esas necesidades.

En otras palabras, una de las funciones primordiales del estadista es la de crear riqueza. Así, pues, para comprender la manera de ser, de actuar y de pensar de don Lucas Alamán, es necesario considerar esta tendencia fundamental suya, esta como innata vocación que le impulsa a vivir, a pesar de todas las angustias, de todos los dolores, dentro de la cosa pública.

Era estadista nato y como tal veía siempre y dondequiera la manera de mejorar, de impulsar, de desarrollar, de prever y de proveer a las necesidades humanas. Nada podía causar mayor dolor a esta particular sensibilidad que la destrucción, pues su mayor anhelo era constantemente elevar niveles de vida, crear nuevas instituciones, engrandecer a su país.

Y si no logró superar las concepciones económicas de su época, cosa que vamos a suponer sin conceder, ello no es de mérito; pues la crítica que suele hacerse a un hombre de no haber sabido superar totalmente los problemas y cuestiones de su época, equivaldría a pretender que un ser humano llegue a la madurez o a la ancianidad sin haber pasado por la etapa de la infancia. Fué hombre de su tiempo, con las preocupaciones de su tiempo, y dentro de él realizó su obra. “Yo me esforzaba —dice en alguna de sus obras, refiriéndose a su labor— en crear ramos productivos que pudieran balancear en la riqueza pública la decadencia que me parece inevitable en la minería, en lo que no veo que nadie piense, y no obstante debería llamar mucho la atención. Para fomento de estas nuevas artes y mejora de la agricultura, yo había establecido un periódico consagrado enteramente a esos objetos, y se publicaba además una obra clásica en la materia, estándose recogiendo noticias para un tratado de agricultura mexicana”.¹⁰

Desde su puesto, se consagra a restaurar el crédito exterior e interior, a arreglar la administración de la hacienda, a impulsar los ramos productivos y a cubrir con exactitud las obligaciones, sin aumentar la deuda nacional.¹¹

En la primera etapa de su vida, piensa que la minería es el medio de resolver los problemas económicos mexicanos, y con su celo característico se consagra, en lo particular y como hombre de Estado, a fomentarla. Consigue preferencias aduanales, se preocupa por el mejoramiento técnico, forma la Compañía Unida de Minas¹² y trata a toda costa de ser heredero de su tradición, de esa tradición que en torno de las minas había logrado realizaciones urbanas tan espléndidas como su propia ciudad de Guanajuato.

Pero pronto percibirá que toda riqueza fundada en la explotación de un solo producto lleva consigo el peligro de su propia destrucción. De este modo vuelve pronto su pensa-

miento hacia la industria, fundando la Dirección de Industria y creando el Banco de Avío, que son los más antiguos antecedentes de nuestra industrialización. Empieza así su actividad industrial, fundando fábricas de tejidos de algodón y de lana en Orizaba, Celaya, Tlalpan, Puebla y Querétaro, telares para medias en México, molinos para papel en la misma ciudad y fábricas de loza y de cristal.¹³ Son éstos algunos de nuestros primeros ensayos industriales.

Toma partido Alamán, para lograr su objeto industrializador, en la contienda entre proteccionistas y librecambistas y se decide por los primeros.¹⁴ A esto se deben en gran parte los ataques de que ha sido objeto su política económica. Pero si examinamos las doctrinas económicas modernas y las tendencias del mundo en esta materia, podremos ver cómo la polémica está muy lejos de haber terminado. La más cercana prueba la tenemos en la Ley Simpson.

Pero tampoco es Alamán un hombre que se enfrasque en una doctrina, ni que se empeñe en despreciar los diversos factores de riqueza de un país. La agricultura, el comercio, el ahorro, son objetos fundamentales de su preocupación. "Las manufacturas siguen siempre la suerte del comercio y estando éste en decadencia, no pueden aquéllas hallarse florecientes."¹⁵ Se preocupa, pues, por fomentar pequeños capitales por medio del ahorro, que vengan a elevar el poder adquisitivo de la población. Convencido de que la propiedad es un bien, no quiere, como han dicho sus enemigos, cerrarla y constreñirla, sino que aspira a difundirla, a que todos lleguen a tener la propiedad que les sea necesaria para su sustento.

El núcleo del pensamiento alamanista, en materia económica, es de índole demográfica. En México, afirma una y otra vez, no puede haber agricultura, comercio, industria, si no hay hombres. No puede haber diversificación de productos ni consumo de ellos, o para decirlo en lenguaje moderno, no puede haber división del trabajo, si no hay elementos humanos que produzcan y que consuman: "La falta de población, que es la causa de la lentitud en todos los ramos, y muy especialmente en la agricultura, no tiene un remedio pronto: es obra del tiempo y de leyes bien meditadas para fomentar e impulsar la inmigración extranjera, mezclándola y uniéndola con la población mexicana."¹⁶

Consecuente con estas ideas, Alamán fué un partidario celoso de la colonización. Desde 1823 proyecta, en compañía de Tadeo Ortiz, una colonización del Istmo, que debería ser la base para la construcción del Canal de Tehuantepec.¹⁷

Pero no sólo hacia este proyecto, casi visionario, del Canal de Tehuantepec, se tiende la mirada providente de don Lucas. También la Baja California es objeto de su solicitud.¹⁸ Desea que haya hombres que aprovechen la geografía, desea que haya seres humanos que, incorporados definitivamente a la nación mexicana, creen dentro de ella sus intereses y sean capaces de defenderla contra la expansión norteamericana que, con mirada profética, había entrevisto Alamán.

Más que pertenecer a una doctrina, Alamán es un hombre que resuelve problemas concretos; su mirada abarca toda la extensión de las cuestiones económicas de México y pretende resolverlas. Se equivoca unas veces, acierta las más, y en todo caso, apenas hay problema actual que no haya sido entrevisto por él.

Tal es el caso de la Ley de Repartimiento de Parcialidades, por la cual se otorga a los campesinos el derecho de reclamar las tierras que les habían sido arrebatadas por las haciendas del Estado de México.¹⁹

Como ya hemos visto, se afanaba por crear riqueza, por aumentar la capacidad adquisitiva de las masas, por establecer nuevos ramos, mejorar la agricultura, establecer el crédito, crear pequeños capitales entre las clases desheredadas mediante el fomento del ahorro; en una palabra, concibe al México económico como un todo cuya riqueza debe ir aumentando por el gradual aumento de la riqueza de los individuos y por la creación de nuevas fuentes que sirvan a una población cada vez más rica y abundante.

LAS RELACIONES INTERNACIONALES

A la distancia en que contemplamos la obra de Alamán, nos asombra hoy su facultad de previsión, en medio de un mundo ingenuo. Tres son las bases que sostienen la obra alamanista en materia de relaciones internacionales: en primer lugar, buscar el reconocimiento de la Independencia de México y defender celosamente la integridad nacional; en segundo

término contrabalancear, por medios hábiles, el creciente poder de los Estados Unidos, que él percibía en toda su magnitud, con el de las potencias europeas; y en tercero, buscar una especie de formación de comunidad hispanoamericana de naciones.

Al consumarse la Independencia, Alamán dirigió sus mejores esfuerzos a obtener el reconocimiento de ella, por parte de las potencias extranjeras, tanto del Continente como europeas.

En 1825 logra que se firme un tratado comercial con Inglaterra, el cual, según dijo más tarde él mismo, era el medio para que México creara su propia marina. Este tratado fué rechazado por Canning y costó a don Lucas la destitución.²⁰

Su idea, en este asunto, consistía en buscar la fórmula para que las naciones todas nos favorecieran, sin echarnos en brazos de una sola, ni mezclarnos en querellas que sólo podían perjudicarnos. Por eso trató de ligarnos cada vez más a Inglaterra, explotando sus disensiones con los Estados Unidos, a fin de contrarrestar el poderío cada vez mayor del yanqui.²¹

Con visión de iluminado, previó lo que había de ocurrir en Texas. A fin de remediarlo, y de acuerdo con el general Mier y Terán, propuso la colonización de esa zona.²² Es de recordar que en aquellos momentos la despoblación de Texas daba pie a que colonos norteamericanos se fueran apoderando de él. Alamán propone la colonización con elementos nacionales o dirigidos por México, es decir, el envío de colonos que hagan de aquellos desiertos morada de hombres, cuyos intereses y cuyo sentimiento se ligen a México y los obliguen a defenderlo.

Terminado este asunto en desastre, Alamán, siempre realista, se propone sacar el mejor partido de la situación. Propone la mediación de Inglaterra para un convenio que tendría por objeto establecer claramente los límites con Texas, que este país se comprometiera a no unirse con ningún otro, que se pagara una indemnización, que se celebrara un tratado de comercio y sobre todo "que se crearan las fuerzas militares necesarias para hacer respetar nuestro derecho".²³

Hoy todo esto nos parece obvio; pero hubo un tiempo en que no fué así. Los enemigos de Alamán afirmaban, muy optimistas, que el tiempo de las conquistas militares ya había

pasado, pues los progresos de la táctica militar se habían detenido frente a los adelantos de la razón y de la convicción pública,²⁴ etc., etc.

Quería que España reconociese la Independencia de México, pero sobre la base de la entrega de San Juan de Ulúa y de la renuncia total a sus antiguos derechos. A los que afirman que Alamán fué un hispanista incondicional, les podríamos citar las acres censuras que en este caso formula contra España, "cuyo orgullo y terquedad corren parejas con lo que ha perdido en virtudes y poder".²⁵

Percibió claramente la importancia estratégica de Cuba, y proyectó apoderarse de ella en unión de Colombia.²⁶ Esta táctica tendría un doble objeto: impedir que sirviera de medio para las invasiones españolas, y adelantarse a los Estados Unidos, cuya futura actividad sobre la Isla fué expresamente prevista por don Lucas.

José Vasconcelos afirma que fué Alamán el gran teórico del iberoamericanismo, pues fué él quien llenó de un contenido el ideal bolivariano. Su tratado de Amistad, Liga y Confederación Perpetua con Colombia fué un buen principio que, por desgracia, no pasó de allí. Los Congresos de Panamá y Tacubaya pusieron en marcha el ideal alamanista; pero todo se olvidó después.²⁷

A este infatigable trabajador, que tenía el don de prever, le tocó vivir dos desastres dolorosísimos: las dos guerras internacionales, en las que México perdió la mitad de su territorio.

Lo había previsto y lo había dicho, y aun trató de tomar medidas para impedirlo. Pero no fué escuchado, y su celo por el engrandecimiento de México sólo fué recompensado con una destitución.

Nada tiene de particular que se amargara su espíritu. Todo México se despedazaba en inútiles disputas, mientras los bárbaros demolían las puertas de Bizancio.

Fué tal vez esta amargura lo que condicionó aquella actividad suya que tanto ha pesado en los destinos de México. Previendo que México ya nada podía hacer frente a los Estados Unidos, buscó en alianzas europeas, y especialmente en la alianza inglesa, el contrapeso necesario para mantener la integridad territorial de los restos salvados del desastre.

Funda el partido conservador, y crea una escuela a la cual deja un testamento: buscar en la influencia europea los elementos indispensables para el equilibrio de los poderes. Una especie de *balance of power* criollo.

No sabemos si los sucesos consiguientes habrían gustado a Alamán, porque él murió unos dos meses después de haber tomado posesión de su último puesto público, en los principios de la postrera administración santanista.

Vinieron después los sangrientos sucesos de la guerra de Reforma, con el dramático episodio del Imperio. La historia que aprendimos suele tachar de traidores a este número de mexicanos que se entregaron resueltamente a la aventura de la Intervención.

No fué, como se ha dicho, torpe entreguismo, sino desesperado afán de salvación de algo que se veía irremisiblemente perdido, pues la amenaza de desmembramiento de la nación, lejos de haber cesado, se dirigía ahora por el lado del Istmo de Tehuantepec.

Pero de esto en concreto no puede hacerse responsable a Alamán, sino sólo en cuanto fundador de una escuela que habría de desembocar en ese camino. Probablemente Alamán fué monárquico, en una época —la que siguió a la guerra del 47— en que, como alguna vez me ha dicho acertadamente Arturo Arnáiz y Freg, México entero se enfermó de monarquismo.

Alamán, tan clarividente en política internacional, perdió esta vez la lucidez, debido al dolor que le causaba su patria destrozada, y en vez de orientar la diplomacia mexicana a obtener el mejor partido de la vecindad que la geografía le había impuesto, perdió la ruta, sin acertar a comprender que los Estados Unidos habían iniciado ya el camino que los convertiría en potencia dominadora del Occidente.

Con instinto casi biológico, los gobiernos posteriores han orientado la diplomacia de México en un sentido puramente defensivo. Pero Alamán tal vez no podía ver esto, y fué, lo repetimos, el exagerado amor por esta realidad nacional, que en parte era hija suya, lo que le llevó a cometer ese error, que había de pesar, tan profundamente, en los destinos de México.

NOTAS

- 1 LUCAS ALAMÁN, *Obras*, México, 1945, vol. IX, p. 86.
- 2 *Ibid.*, p. 202.
- 3 JOSÉ C. VALADÉS, *Alamán estadista e historiador*, México, 1938, pp. 117 y 118.
- 4 ALAMÁN, *Obras*, vol. IX, p. 233.
- 5 *Ibid.*, p. 380.
- 6 VALADÉS, *op. cit.*, p. 461.
- 7 ALAMÁN, *Defensa del ex-Ministro de Relaciones...*, México, 1834, p. 104.
- 8 VALADÉS, *op. cit.*, p. 461.
- 9 Para toda esta parte, cf. VALADÉS, *op. cit.*, cap. XII.
- 10 ALAMÁN, *Defensa...*, p. 104.
- 11 *Ibid.*, p. 2.
- 12 VALADÉS, *op. cit.*, p. 105.
- 13 MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO, *El pensamiento político de Lucas Alamán*, México, 1952, p. 74.
- 14 GUILLERMO PRIETO, *Memorias de mis tiempos*, México, 1906, vol. II, p. 399.
- 15 ALAMÁN, *Obras*, vol. IX, p. 100.
- 16 ALAMÁN, *Memoria sobre el estado de la agricultura e industria...*, México, 1845, p. 7.
- 17 ALAMÁN, *Obras*, vol. IX, p. 158.
- 18 *Ibid.*, p. 85.
- 19 VALADÉS, *op. cit.*, p. 289.
- 20 GONZÁLEZ NAVARRO, *op. cit.*, p. 131.
- 21 ALAMÁN, *Historia de Méjico*, vol. V, p. 816.
- 22 ALAMÁN, *Dictamen sobre la independencia de Texas*, en sus *Obras*, vol. IX, p. 551.
- 23 *Ibid.*, p. 551.
- 24 LORENZO DE ZAVALA, *Ensayo histórico sobre las revoluciones de México*, París, 1831, vol. II, p. 211.
- 25 *Archivo histórico diplomático mexicano. El reconocimiento de nuestra Independencia por España y la Unión de Países Hispanoamericanos*, México, 1924, p. 75.
- 26 GONZÁLEZ NAVARRO, *op. cit.*, p. 129.
- 27 *Ibid.*, p. 133.